

Bibliografía

LECCIONES PRELIMINARES DE FILOSOFIA

Por *Manuel García Morente*.

Edición de la Universidad Nacional
de Tucumán, Argentina, 1938.

No es poco haber dado a la lengua española los matices y el acento necesarios para expresar el pensamiento filosófico moderno. Ello solo bastaría a colocar una existencia en lugar eminente dentro de una cultura. Porque todo el pensamiento de habla hispana debe a Manuel G. Morente, como al grupo de escritores compañeros suyos, un órgano lingüístico más apto y más dúctil, un giro más terso y una cláusula mejor dispuesta a las formas que ha venido tomando la filosofía occidental a partir de Descartes.

Pero no es esto solo. Morente ha dado una exposición del pensamiento ajeno que difícilmente hallará par en otras lenguas. Y ha sido una fortuna que el idioma y la cultura hispano-americanos posean un expositor tan consciente y tan claro de un acontecer del pensamiento que en alguna forma les había sido extraño.

Pero conciencia y claridad van en él unidas; no se da la una sin la otra; o mejor, es altamente claro porque es consciente de su papel de expositor y del público a quien pretende dirigirse. Y hay allí una gran conciencia merced, justamente, a la insigne claridad de conceptos del Profesor español.

La luminosidad del pensamiento morentiano débese en verdad a que ha vivido hondamente los problemas filosóficos y meditado acerca de lo que una corriente determinada tiene de característico frente a otras. En estas condiciones, es posible saber el lugar que un concepto y una teoría ocupan en la evolución filosófica y el que tienen también en la mente del lector o del oyente.

Conocedor profundo de todo el devenir de la filosofía, Morente sabe hasta qué punto un público de cultura española puede aprehender un término, dar el auténtico significado a una teoría y conocer los genuinos representantes de una tradición. Cuando esto no es posible, el ilustre expositor va señalando las dificultades, advirtiendo los pasos desconocidos, las derivaciones ignoradas por una cultura que, es preciso decirlo, permaneció cuatro siglos al margen de la evolución del pensamiento que se cumplía más allá de los Pirineos.

Es cosa cierta que si el Profesor Morente dictase sus lecciones a un público francés o inglés variaría de tono y acomodaría no sólo su lenguaje, sino la estructura misma de su contenido expositivo, a las culturas correspondientes, a no dudarlo más avanzadas en filosofía que la española, pero unos pasos más atrás que la alemana, por ejemplo.

Este afán del Profesor español se advierte muy claramente en las «Lecciones preliminares» dictadas para un público hispano-americano. La Universidad de Tucumán tuvo la suerte de albergar en sus aulas esta exposición por donde

discurren todas las esencias y todas las teorías básicas del pensamiento de Occidente.

La genialidad del autor no aparece en parte ninguna de la obra, sino en el conjunto de ella. No es original el pensamiento que expone, ni aun el que Morante comparte, sino la manera, el procedimiento mismo de la exposición. Pero no queremos decir con esto que solamente se revele allí un pedagogo experto. Lo que indicamos trasciende la pedagogía y alcanza la entraña misma de lo filosófico. Porque se necesita ser ya un filósofo avisadísimo para comprender el devenir de la filosofía, el propio fluir de ese gran acontecimiento de la historia del hombre que es su pensar de las esencias.

El autor empieza por hacer ver cómo es más importante filosofar que saber filosofía, cómo la filosofía exige más bien el ser vivida que ser entendida en esquemas muertos. Por esto coloca en la base de todo saber filosófico la admiración, la ingenua actitud del niño para quien todo es nuevo y sorprendente. Mas a la admiración ha de seguir el rigor que permite despejar la vaguedad de la vivencia y hacerla inteligible en términos o en conceptos universales.

Ciertamente la obra del Profesor Morante es una historia de la filosofía, pero una historia de la filosofía que, como dijimos, descubre en sí misma una nueva entidad filosófica. Descubre que al lado de los sistemas y de las construcciones más o menos artificiales, es menester ver la vivencia que las determina y en la cual se halla el fondo eterno de verdad de ellas.

Pero la historia de lo filosófico se reduce para el profesor español a la historia de la teoría del conocimiento y a la historia de la teoría del ente. Para abordarlas, empieza por averiguar el posible sentido de estas cuatro cuestiones fundamentales: «Qué es existir», «quién existe», «qué es consistir» y

«quién consiste». Encuentra que sólo la segunda y la tercera de estas cuestiones poseen sentido y advierte de paso cómo la filosofía en mucha parte ha perdido su tiempo al pretender dar respuesta a las otras dos cuestiones, por no haber investigado previamente el problema de su sentido lógico.

La historia de la filosofía está sólo en la historia de Occidente. Con los griegos empieza propiamente el saber filosófico. La filosofía oriental no es más que religión. Y con Parménides se marca propiamente la iniciación de la filosofía occidental, hasta el punto que el principio básico que este filósofo postula sigue siendo el fundamento de todo el pensamiento de Occidente hasta nuestros días: el principio de la identidad del ser. Con el principio de identidad opera durante veinticinco siglos la filosofía.

En esto de descubrir que el ser es idéntico a sí mismo, Parménides es el padre de la filosofía que hasta ahora ha sido. En lo demás, el filósofo eleático es exclusivamente griego. Parménides es realista como Platón, como Aristóteles, como lo es toda la filosofía escolástica. El problema de todos estos filósofos es averiguar lo que la cosa es: la cosa está allí y basta ir con el pensamiento hacia ella para descubrir su esencia, su consistencia. El pensamiento es un ser entre las demás cosas y su esencialidad puede ser investigada como las restantes. La problematicidad de unas y otro está en un pie de equivalencia. Toda la filosofía de esta época es realista, con el realismo ingenuo como supuesto de que las cosas en sí son y que es menester conocerlas.

Adviene luego con lo que llamamos época moderna, una filosofía cansada, fatigada en la controversia sobre la esencialidad de tantas cosas, controversia cada vez más aguda y siempre insuficiente para la solución de sus problemas. Surge entonces Descartes con quien em-

pieza efectivamente a mudarse en substancia el problema de la filosofía. Ya para él la primera verdad es la del pensamiento mismo; esto es lo indubitable; lo demás sólo posee una verdad derivada. Pero el filósofo francés todavía se liga a la tradición: el pensamiento sigue siendo para él una cosa, «res cogitans», distinta de las demás sólo por la inmediatez con que es conocida. Berkeley y Hume dan un paso más; para el primero ya no existe sino el yo que percibe y las percepciones mismas; para Hume, el yo debe suprimirse y dejar todo lo existente como meras vivencias: ser es ser percibido. Hume desatiende el hecho de que la intencionalidad de las vivencias exige un yo que las ponga, no como cosas ciertamente, sino como correspondiente de ellas en la misma medida en que son: si las cosas son objetos sólo para el conocimiento, es necesario mirar el conocimiento como sólo conocimiento de objetos de aquel orden. Sujeto y objeto vienen así a exigirse mutuamente en necesaria correspondencia esencial. La cosa en sí queda a un lado como problema de la filosofía. El idealismo culmina con el que descubre esta correlación básica, con Emmanuel Kant.

Pero en todos estos dos grandes momentos de la historia de la filosofía, la base eleática de la identidad del ser consigo mismo es lo que preside toda la investigación.

Para salir de este recinto cerrado, es menester entrar a la vida y ver entonces a través de ella cómo las dos soluciones, la realista y la idealista, ni son suficientes ni las únicas posibles. Con esta dirección entra en la ontología y describe tres esferas de objetos: la de los seres reales, la de los seres ideales y la de los valores. En forma semejante a Müller expone la estructura óntica de estas tres esferas. Como esfera central fundamental trata de la vida. La existencia en su totalidad comprende lo óntico y lo

ontológico, es decir, las cosas pensadas y el yo que las piensa. Y esa existencia entera, total, que es la base de las investigaciones de Heidegger, es lo que Morente denomina vida: «Un concepto biológico y, por decirlo así, material, de la vida, podría hacer creer que la vida es lo que llevamos cada uno de nosotros dentro, y que la vida *está* en el mundo. Esto es lo que hemos encontrado anteriormente bajo el nombre de realismo metafísico. Pero ese concepto de la vida tendría entonces que ser refutado victoriosamente en la filosofía por el idealismo metafísico; el cual nos haría ver que toda cosa, en cuanto que es objeto, es objeto para un sujeto y que, por consiguiente, mi vida, como vida de un sujeto, no puede estar *en* ningún objeto. Pero entonces podrían hacerse al idealismo metafísico las mismas o más graves objeciones todavía. Y así la solución del eterno encuentro y choque entre la solución realista y entre la solución idealista del problema metafísico está en que ambas realidades (la realidad del yo y la realidad de las cosas) no son más que aspectos, cada uno de ellos parcial, de una realidad, de una entidad más profunda que las comprende a ambas, y que es la existencia total, o sea la vida, mi vida». (Pág. 430—31).

En esta forma el escritor español enfila en el movimiento filosófico de nuestros días que busca en la vida el último objeto de donde colgar todo el resto de la investigación filosófica.

Seguro de sí mismo, asentado en su profunda comprensión de la filosofía, más aún que en su mismo saber filosófico de vastas dimensiones, el insigne expositor de Kant y de Bergson nos da el mejor manual de iniciación a la filosofía, y, en especial, al filosofar. Sólo con profesores de este linaje puede explicarse toda la generación española de derechas e izquierdas que en los últimos tiempos venían ostentando la más noble de las inquietudes por el pensamiento

filosófico, y dando también frutos lo-
grados y muchas veces de gran madu-
rez.

La única glosa que podría formular a la obra del Profesor español es su escepticismo ante la inteligencia. Yo no sé cuándo, pero creo que no tardará mucho el momento en que la filosofía se dé cuenta de que antes que la inteligencia, lo que merece tan extremosa desconfianza es la inteligencia más o menos artificial del cientifismo contemporáneo, es decir, la construcción de la inteligencia, el sistema de la inteligencia. Es menester convencernos que si el saber ha de tener una dirección al «tú» y no ha de quedar encerrado en el yo, tiene por fuerza que captar las esencias. Y las esencias no se aprehenden por el «tú» sino con un alcance universal. Y este alcance universal sólo la inteligencia puede dárselo, como tan claramente lo ha recordado el Profesor Morente. No entiendo uno bien cómo el idealismo subjetivista olvida a cada paso, en su crítica a la filosofía anterior, que el realismo objetivista correspondía a una genuina vivencia o intuición en el filosofar y que no debe ser entendido como mero artificio de gentes ingeniosas. A su vez, tampoco es comprensible cómo los filósofos realistas de los últimos tiempos, en especial muchos escolásticos, dejan escapar, como si fuera embeleco sin importancia, la posición fundamental del subjetivismo, que surge a no dudarlo, de una honda vivencia intelectual.

Es seguramente en el vivir entendido en sentido amplio donde es menester hallar la base de todos nuestros conocimientos. Siempre he visto en la intuición el comienzo de la filosofía. Mas la intuición alumbra, pero no guía. El descubrimiento de esferas del ser autónomas y cerradas parece será una de las contribuciones más preciadas de la filosofía contemporánea: Los valores se imponen en una estructura especial y muy diversa de los objetos ideales; éstos a su

turno, se caracterizan específicamente ante los objetos reales. Pero por encima de todos ellos, hemos de colocar las esencias; en otras palabras, de todos ellos hemos de poder decir que son esencias, que son idealizables; de otra suerte, no nos sería lícito recorrer por la vía deductiva un solo camino a partir del conocimiento especial de los valores o de los objetos reales, como tan sabiamente lo hace el autor de estas «Lecciones Preliminares». Léase su capítulo sobre los valores, sobre la estructura óptica de estos objetos, póngase la más esmerada atención en sus demostraciones sobre la jerarquía, sobre la polaridad, etc., de los valores, y se advertirá al punto lo siguiente: Primero, que *deduce* la jerarquía, la polaridad y los demás caracteres del valor del concepto que se ha formado de ellos. Segundo, que *demuestra* estos caracteres justamente con la deducción que de ellos hace. Tercero, que para nada apela a las *mostraciones* propias del mundo de los valores, cuando trata de hacer ver su polaridad, su jerarquía, etc.

¿Qué quiere decir esto? Deducir no es posible sino dentro del campo de los objetos ideales. Demostrar no es más que proceder a buscar la *razón* de verdades que hemos hallado intuitivamente; la demostración sólo tiene lugar en la esfera de los objetos ideales. Si el mundo del valor fuera completamente independiente de los mundos restantes de objetos, es claro que dentro de él no podrían darse ni deducciones, ni demostraciones; las notas que caracterizan el valor serían intuídas, pero en ningún caso deducidas, porque, entonces, entraría en ellas un mundo distinto que es el de los objetos ideales. Sin embargo, las demostraciones que hace el Profesor Morente de la jerarquía y de la polaridad de los valores, por una parte no pueden ser más perentorias, y por la otra, nos dejan ver una incursión de la esfera de las esencias o de los objetos ideales en el campo del valor. Con esto se

tiene claramente que si las esencias incursionan en todos los campos de objetos es porque ellas están en cierta preeminencia sobre los demás, o mejor, porque todos los objetos encajan dentro de una esencia determinada Y como es claro que la inteligencia tiene ante la esencialidad su papel primordial, debemos concluir que la inteligencia abarca todos los seres y que es el instrumento fundamental con el cual se hace no sólo la ciencia, pero también la metafísica. Este es el sentido del «intellectus potens omnia fieri» de la filosofía aristotélica.

En suma, la obra del Profesor Morante nos lleva a estas conclusiones: Es menester dar un paso más; es urgente buscar en la filosofía antigua cuál es el verdadero sentido que se le da a la denominada cosa en sí; es necesario ver en el idealismo una reacción conveniente, pero a veces exagerada, contra el realismo ingenuo de la tradicional filosofía; es preciso aceptar la intuición como el instrumento más apto para el descubrimiento de verdades fundamentales; pero necesitamos que de nuevo se vea en la inteligencia el único órgano con el cual es posible estructurar las verdades para buscar la teoría. Filosofía ha de ser teoría y en estas condiciones el principio de la identidad del ser se impone inexorablemente. Si prescindimos de él, podremos tener vida filosófica, pero no tendremos filosofía, de la misma suerte podemos poseer actividades biológicas, sin que sepamos nada de biología.

Cayetano Betancur.

TEATRO DE ARTE COLONIAL. PRIMERA JORNADA

Por *Guillermo Hernández de Alba.*

Edición conmemorativa de la fundación de Bogotá. — Ministerio de Educación Nacional. — Bogotá, 1938.

En años recientes un gran número de

publicaciones importantes se dedicaron a estudiar aspectos poco comentados de la pintura americana del Siglo XVII. En 1928, la escuela peruana del Cuzco, cuya existencia se ignoraba, fue dada a conocer en el libro de Cossio del Pomar. Vino luego una serie de ensayos en los cuales se examinaban ansiosamente los problemas de la pintura colonial mejicana. Más tarde, en 1937, Joaquín de Souza-Leao proclamó la superioridad del «Frans Post holandés-brasileño», como el primer paisaje pintado en las Américas; y en 1938, una monografía de Thomas Thomsen acerca de Albert Eckhout, definió la obra y personalidad de otro pintor brasileiro que floreció en el siglo XVII. Hoy, otra escuela de pintura latino-americana, desconocida hasta ahora en este país, ha sido colocada en su legítimo puesto por el brillante libro del erudito colombiano Hernández de Alba.

Durante toda una época se consideró como verdad evidente que la historia real del arte hispano-americano debía ser escrita por un extranjero. Los arqueólogos nativos habían preferido hasta tal punto la «literatura» a los documentos; la descripción poética al análisis científico, que la aseveración anterior parecía desgraciadamente cierta. Pero el señor Hernández de Alba demostró definitivamente su falsedad. El *Teatro del arte colonial* es una monografía casi perfecta, basada en la más profunda erudición. Sus apreciaciones, revelan un conocimiento casi perfecto de la gran escuela española contemporánea de pintura. El formato de su libro está en armonía con la riqueza y gloria del asunto que trata, y su documentación, tanto fotográfica como factual, es irreprochable. El gobierno colombiano merece la felicitación más efusiva por haber patrocinado esa publicación.

Las antiguas ciudades de Bogotá y Tunja alcanzaron el completo desarrollo de su civilización en el Siglo XVII.

En atención a ésto, el señor Hernández de Alba se ha limitado a estudiar este período. La escuela colombiana, cuyos pintores trabajan activamente a fines del Siglo XVI, tiene prioridad reconocida sobre sus similares del Ecuador y del Perú, los otros grandes núcleos Suramericanos de pintura colonial. Antonio Acero de la Cruz se contagió del tímido arcaísmo de la escuela valenciana y el estilo sevillano más robusto fue practicado por todo un grupo de maestros nativos en Bogotá, medio siglo antes que los pintores del Cuzco y Lima, quienes fueron a su turno inspiradores de los quiteños, uno de los cuales, Miguel de Santiago, está representado en la iglesia capitalina de San Francisco. Sin embargo, la escuela no estaba destinada a gozar de un desarrollo tan brillante como el obtenido por los centros del norte y el oeste. Estamos de acuerdo con el autor en cuanto a su falta de variedad, su ausencia de pinceladas indígenas exóticas que particularizó el arte criollo del Perú. Carece de la independencia exhibida por los maestros de México, Puebla y Guadalajara, y es siempre un reflejo pálido del arte peninsular.

No obstante esto, hay pinturas maestras en Bogotá. Difícilmente se pueden pasar por alto las de Baltasar de Figueroa en Santa Clara, inundadas del frío brillo del Escorial; y menos aún, su lienzo del Bautista en Las Aguas. Gratísima es la impresión causada por el retrato del licenciado D. Juan Ortiz de Cervantes, en majestuosa postura, de Velásquez, y el del cartujo Bruno Fernández de Valenzuela, con las superficies sencillas y vívidas del delicado Zurbarán. Todos estos cuadros ponen en vergüenza las humildes realizaciones de los pintores coloniales de Boston, Filadelfia y Charleston, probando una vez más la superioridad cultural de Suramérica un cuadro en que se representa a D. Juan Chacón, aficionado caballero, esculpiendo una pequeña estatua de la

Virgen. Eco lejano de la sencilla civilización de los colonos ingleses del Siglo XVII.

Por revelar tan sólo la existencia de estas obras se hace el autor acreedor a nuestro agradecimiento. Pero además de esto, su libro está lleno de descubrimientos importantes. Hernández de Alba ha probado con documentos fehacientes, la residencia del hijo de Murillo, Gabriel, en Bogotá, de 1618 a 1700, cambiando así la identidad del retrato del Palacio de Liria. Ha dado a conocer un nuevo maestro de valor, García de Asucha, autor del retablo de San Francisco y uno de los escultores más grandes de las Américas, lo mismo que a sus contemporáneos Don Pedro de Lugo y Juan de Cabrera. Finalmente ha mostrado la importancia de los campanarios de fachadas iguales, en barroco bogotano (Iglesia de Las Aguas y capilla del Sagrario), otra nota regional de la Arquitectura Suramericana. Para el que admire la belleza de la elegante prosa castellana, el libro le reserva especial deleite, pues contiene los ingredientes constitutivos de toda gran publicación.

Robert C. Smith.
University of Illinois.

DISERTACION SOCIOLOGICA

Por Luis López de Mesa.

Casa Editorial «El Gráfico».
Bogotá, 1939.

Sin capacidades, de mi parte, para dar una opinión que corresponda a los méritos de la serie de *Discursos*, encadenados en grueso y bello volumen que, para lustre de Colombia, acaba de lanzar al público la Casa Editora «El Gráfico», de Bogotá, me sobran amistad y admiración para con el Profesor López de Mesa, mentalidad vigorosa, exquisitamente nutrida, y amante de la divulga-

ción de cuanto en su cerebro se engendra o se almacena. Vive él su vida espiritual, para los demás, sin limitaciones: bello ejemplo para las generaciones que se levantan.

Al analizar el *Esquema* de la obra, podría pensarse que su contenido no constituye un conjunto concreto armónico, ordenado y lógico. Y en verdad, concepto que no quedarían rebajados los méritos de algunas de las *Disertaciones*, sin el lujo de datos, opiniones y teorías con que están engalanadas. Pero tampoco, es menos cierto que el brillo y el aroma de flores exóticas en un ramillete, suele realzar su valor.

La obra, toda, está escrita en lenguaje impecable y elevado, pleno de imágenes deducidas de la naturaleza misma de los temas de que trata. Vuela la dinámica mentalidad del erudito Profesor, por los ámbitos del firmamento, desde lo infinitamente pequeño hasta la integración del Cosmos, y el lector abismado en la meditación del contenido de esas páginas, que le van revelando, quizás, muchas cosas que no sabía, y difícilmente inteligibles, no suelta el libro y lo devora hasta el final. La aridez aparente de las disertaciones, se esfuma en el ropaje atractivo de la presentación.

Por de contado, no faltarán impugnadores, inconformes con ciertos puntos de vista del autor, que caen bajo el dominio personalísimo de cada cual, sin sujeción a cánones admitidos por determinadas escuelas científicas, filosóficas o religiosas. Pero como en el fondo no creo que pueda encontrarse otra cosa que ideas estampadas, con prodigalidad asombrosa, bebidas unas en la fuente de copiosas lecturas de las obras de los grandes pensadores de todos los tiempos, y surgidas otras de la propia personalidad del autor, queda el campo abierto y ampliamente ilustrado para que el lector adhiera, sin imposiciones dogmáticas sugeridas por él, a lo que estime sea la verdad.

Sin duda alguna, la cultura de un pueblo no es planta indígena: primero nace, y se cultiva luégo con esmero y constancia, si ha de perdurar. Cuando Colombia presente — no digo ante el mundo, pero siquiera en la porción de las Américas que nos ha tocado en suerte poseer — una biblioteca engalanada con producciones como la del Profesor López de Mesa, se puede dar por iniciado el desenvolvimiento cultural del país, primero en la cabeza de unos cuantos privilegiados para en seguida transfundirse a la masa del pueblo, dándole personalidad distintiva, todo de conformidad con las capacidades de la raza, con el medio climatérico que le corresponda y con el ambiente cultural universal, ya que en nuestros tiempos ningún pueblo puede considerarse descoyuntado de los demás.

Desgraciadamente pocos compatriotas nuestros se interesan por estas disciplinas, lo cual ha podido ser perdonable o explicable hasta ahora, pero que no lo será, en un futuro próximo, sin exponer la existencia misma de la Patria.

Los ocho *Discursos* en que el autor sintetiza sus pensamientos sociológicos, se refieren a los siguientes temas, cuya sola enunciación servirá al lector para darse cuenta de la importancia y originalidad de tan valiente obra.

En el primer *Discurso* se define la Sociología General y se entra a fondo en el análisis de las Sociologías teológica, positivista, etnológica, morfológica, económica, histórica, jurídica y biológica.

La Vida en el Continente Americano es el tema del segundo *Discurso*, uno de los más atractivos y novedosos, en que se ventilan elevadas tesis, objeto de meditaciones profundas por sabios eminentes de todos los tiempos, a saber: América en la mente de los aborígenes; la América de los geógrafos; La antigüedad del «Nuevo Mundo»; Estructura, magnitudes y distancias del universo; Génesis y dinámica de nuestro sistema solar; A-

parición de las especies vivas; Posible origen de la vida; Un universo en trance teogónico; Naturaleza y Espíritu; Divinidad, Naturaleza y Número; Número, Espacio y Tiempo; Evolución de la Vida; La vida en el Continente Americano; Perturbaciones de ella y reacciones posibles. Cuestiones son todas estas sujetas a graves controversias, a especulaciones diversas según los puntos de vista de todo orden que asuma el lector y las capacidades y conocimientos que para ello tenga.

En encantadora y galana prosa pinta el Profesor, en el tercer *Discurso*, el Descubrimiento de América, en las siguientes etapas: Primera Jornada, La Conceptual; Segunda Jornada, La Oceánica; Tercera Jornada, La territorial. Esta última, en los combates de las selvas, de las Pampas, de los Montes, de los Ríos y de las Razas .

El cuarto *Discurso* trata, con lujo de detalles, sobre las Sociedades Aborígenes: Pielas Rojas, Otomíes y Primitivos; Aztecas y Toltecas; Maya-Quiché; Keshwas, Quechuas o Quichuas. Diserta sobre la complejidad étnica americana, sobre la economía de los aborígenes y sobre las plantas, minerales, y animales del Nuevo Mundo.

La cultura Muyska es el tema del quinto *Discurso*, dividido en cinco capítulos: Vaguedad e incertidumbre, Los Muyskas, Legislación de Nemequene, Zúe el Bochica, Perturbaciones de la cultura Muyska, todos de palpitante interés.

En el sexto *Discurso*, uno de los más interesantes, se engolfa el autor en el estudio e interpretación de la Cultura Colonial, tan llena de misterios y aventuras, y que él divide de la siguiente manera: Cultura aparte y débil, La Familia Colonial, El Matrimonio, La Personalidad, Revolución de la Familia, El Sexo de las Culturas, La Institución Municipal, El Municipio en la Colonia, La Religión Colonial, Cabildo y Ci-

dadania, La Educación Escolar, La ciudad y el Campo, La Sensibilidad Social de la Colonia, el Error Fundamental de la Colonia.

La Emancipación es el tema del séptimo *Discurso*, desarrollado con exquisito análisis de los orígenes mediatos de la joven democracia colombiana. El conocimiento profundo que el doctor López de Mesa tiene de esta porción del Trópico, lo capacita para sintetizar, mejor que ningún otro colombiano, lo que ha sido, lo que es y lo que será este país, en el curso natural de los acontecimientos. Las partes de este *Discurso*, junto con las del Octavo — que es el resumen de la obra — se detallan así: No estábamos preparados para la Emancipación; Y sin embargo, fue oportuna; Instituciones republicanas; Emancipación incompleta; Los Partidos Políticos; Su Evolución; Misión Espiritual de Colombia; Desarrollo Cultural; Conductores Espirituales de América; Análisis de algunas especies culturales; La Población se va formando; Defectos de nuestra indole; Caracteres nacionales americanos; Sinopsis Final; Conclusiones. Imposible sería pretender que el Profesor haya dicho la última palabra sobre asuntos tan complejos y opinables; pero no cabe duda, en mi humilde concepto, de que en estas páginas deberán nutrirse los que quieran desentrañar de nuestra historia y del medio geográfico en que vivimos, la incógnita de nuestro porvenir. Para quien no acepte sus ideas, el estudio de ellas le servirá para aquilatar las propias, frente a la crítica de un veterano maestro.

Lástima que la edición de la obra haya sido exigua. Debería reimprimirse, en edición económica, al alcance de muchos lectores.

Juan de la C. Posada.

THE FIRST SOCIAL EXPERIMENTS IN AMERICA

Por *Lewis Hanke*.

Harvard University Press, 1935.

Esta bella edición pertenece a las «Harvard Historical Monographs». Relievar su trascendencia sería cuando menos una redundancia: su autor y el título mismo de la obra, son ya suficiente garantía. El estudioso de Latino América no puede pasar desapercibida ni tiene derecho a ignorar la obra de Hanke.

Ya Julián Juderías nos había confirmado en una filial afeción por España, nacida con nosotros y jamás amenguada. Nada pudieron contra ella toda la literatura acumulada en largas épocas para detractar la Madre Patria, ni cierto ambiente malévolamente creado con la intención viciosa de romper el vínculo, tres veces grande, que nos une y reúne con la Península. Y ahora Hanke nos presenta un novísimo aspecto de la conquista americana, con el sugerente título supraescrito.

En primer término, expone los grandes problemas creados por el descubrimiento americano y el inusitado florecimiento de teorías al respecto. Por eso afirmó Samuel Johnson que España «gave a new world to European curiosity». Cómo llegaron a América sus primeros pobladores; eran los indios seres humanos, bárbaros o especies intermedias entre el hombre y la bestia; eran paganos o re-lapsos cristianos; podrían educarse y corregir sus vicios; habían nacido para ser esclavos o eran hábiles para adquirir la civilización cristiana y española. Tales eran las cuestiones más condentes que inquietaron la mentalidad del hombre europeo del siglo XVI.

No es extraño, pues, que entre los conquistadores surgieran las más disímiles opiniones sobre los indios, polarizándose en dos corrientes extremas que

afirmaban que el indio era un «noble salvaje» los unos, mientras los otros lo calificaban de «despreciable perro». En la primera formó el Padre las Casas, el gran apóstol, con su comunidad de dominicanos y muchos otros religiosos de las otras congregaciones venidas de España, en tanto que al frente se aprestaban a sostener su tesis muchos conquistadores y no pocos agentes de la Corona. De la oposición de pareceres nos sacarán garantías los dos conceptos siguientes, dados por los más notables capitanes de ambos bandos. Dice el P. Las Casas: «Dios creó este simple pueblo sin maldad y sin astucia. Ellos son obedientes y fieles a sus naturales señores y a los cristianos a quienes ellos sirven. Son sumisos, pacientes, pacíficos y virtuosos. No son querellosos, ni vengativos, ni rencorosos. Son además tan delicados como príncipes y fáciles para el trabajo. Nunca poseen ni desean poseer riqueza humana. Seguramente este pueblo sería el más bendecido en el mundo si sólo él adorara al verdadero Dios». Y Gonzalo Hernández de Oviedo, de la escuela rival, afirma: «Son naturalmente perezosos y dados a los vicios, melancólicos, cobardes y en general un pueblo embustero. Sus matrimonios no son sacramentos sino sacrilegios. Son idólatras, libidinosos y sodomitas. Sus jefes no desean más que comer, beber, adorar a sus ídolos paganos y cometer bestiales obscenidades».

Frente a todas estas afirmaciones contradictorias, el Gobierno español decidió determinar por métodos objetivos la verdadera naturaleza de los indígenas. Fue este el primer ensayo sociológico en América, el cual se proponía averiguar si el indio tenía capacidad para vivir como libre súbdito del Rey.

No deja de ser interesante afirmar, para quienes están acostumbrados a creer que el sistema de cuestionarios era una invención de los sociólogos americanos de la post-guerra, que ya en España

se usaban en el siglo XVI. La libre autodeterminación y las formas plebiscitarias modernas, que tanto han preocupado la época contemporánea, tienen un claro antecedente en las «Experiencias» españolas.

En 1516 se envió a América la primera comisión para determinar las capacidades del indígena. De las siete cuestiones propuestas destacamos la tercera como índice de la trascendencia de este acto. «El testigo conoce, cree, ha oído decir y observado, que estos indios, especialmente los de Española, tanto mujeres como hombres, son todos de tal conocimiento y capacidad, que ellos deberían ser puestos en libertad? Serían ellos hábiles para vivir políticamente como los Españoles? Sabrían ellos sostenerse por sus propios esfuerzos, cada indio explotando minas o labrando la tierra o manteniéndose a sí mismos por otros trabajos diarios? Sabrían ellos cuidar de lo que adquieran por esta labor, gastando sólo lo necesario, como lo haría un labrador de Castilla?» Ya en las leyes de Burgos de 1512 se había indicado la importancia de tal experimento y antes, en 1508, Nicolás Obando se había declarado en tal sentido. Gonzalo de Figueroa en Española y Baltasar de Castro en San Juan de Puerto Rico, en 1519, la habían realizado. En Cuba se realizó la más completa de las «Experiencias» para determinar si el indio era capaz de «vivir como un cristiano labrador de Castilla». Con la de Cuba terminan estos ensayos sociales, únicos en América, que durante seis lustros preocuparon al Gobierno español. Si los resultados no fueron halagüeños, no por tal deja de ser admirable el hondo anhelo de la Corona por elevar el nivel del indio americano y sacarlo de una vez por todas de la esclavitud y la odiosa explotación de los encomenderos.

El cardenal Ximénez, y el gran Emperador Carlos V se llevan el mejor recuerdo en este intento reivindicador del

indio. Es esta también una de las mejores recomendaciones para la Corona frente a sus súbditos de América y una prueba más contra sus gratuitos y acuciosos detractores.

Presentar a Lewis Hanke sería una pretensión núpil; él es ampliamente conocido en los círculos historiales de América. Ha hecho una obra densa y extensa sobre la época primordial del continente descubierto y sus estudios son acogidos ávidamente en los cenáculos intelectuales y en las agrupaciones universitarias. Como garantía de su idoneidad en estas materias, a más de su talento y vocación, buceó por dos años continuos por todo los más nutridos archivos de España. Ya conocíamos su fervor lascasiano en otra obra suya de innegable valer, «Las teorías políticas de Bartolomé de las Casas» y en esta misma Revista aparecerá próximamente un grávido estudio suyo enviado especialmente.

Gabriel Henao Mejía.

EL NIVEL DE VIDA — SU RELACION CON EL SALARIO EN AMERICA

Por *Mariano R. Tissebaum.*

Santa Fe, Rep. Argentina, 1939.

El doctor Mariano R. Tissebaum, ilustre profesor de la Universidad del Litoral, Argentina, autor de varias obras fundamentales sobre Derecho Social, es una de las más altas autoridades americanas en cuestiones relativas al estado social de los grupos humanos de este hemisferio.

Para responder a la encuesta levantada en buena hora por la revista «Universidad», prestigiosa publicación de la Universidad del Litoral, con motivo de la Conferencia Interamericana de la Paz,

reunida en Buenos Aires en 1936, el doctor Tissebaum ha publicado en folleto la admirable conferencia «El nivel de vida y su relación con el salario en América».

En este meritorio trabajo vuelve el eminente Profesor a insistir sobre muchos de sus pertinaces tópicos, particularmente con los tratados en «Los Riesgos del Trabajo Industrial», motivando desde la raíz filosófica cada uno de los arduos temas tratados. Esta es una de las cualidades que más admiramos en Tissebaum, que reacciona así contra la incontenible vocación de América por la improvisación. La preocupación del Estado por regular la remuneración del trabajo atendiendo al nivel de vida podría interpretarse como una adhesión al hecho, por un anclaje estático. Así tendría que entenderse si sólo se incluyera en el nivel de vida lo exclusivamente material y no se alojara allí muchas otras preocupaciones de orden espiritual. Por eso afirma Tissebaum: «Numerosos aspectos justifican ampliamente la preocupación que el Estado debe tener en forma constante y permanente, en pro de una acción que tienda a procurar por el individuo, el goce de los bienes que la naturaleza brinda, como así también, los que la cultura y la civilización ofrecen al ser humano».

«Los mismos fundamentos invocados para implantar la enseñanza primaria con carácter obligatorio, deben servir paralelamente para justificar toda medida estadual que tienda a desarrollar la personalidad del hombre en su sentido integral, en forma y modo de no verse privado de todo aquello que les es fundamentalmente necesario para su subsistencia».

Tres grados distingue en consecuencia: 1°. El nivel de consumo o el conjunto de bienes y de servicios de una cantidad y de una calidad determinadas, consumidos por un individuo, una familia o un grupo durante un periodo dado.

2°. Los servicios sociales y los servicios gratuitos, especialmente aquellos que se relacionan con la higiene, la instrucción y las distracciones.

3°. Las condiciones de trabajo que influyen no solamente sobre el estado de la salud y la capacidad de ganancia, sino, sobre el total y la regularidad de la renta.

Se trata, pues, de una noción activa y no pasiva del nivel de vida y de una concepción general y no particular de ese nivel. De la última manera tendríamos un problema en cada caso concreto sujeto a muchas injusticias.

La última parte de la obra de Tissebaum está magníficamente ilustrada con estadísticas relativas a la Argentina, Brasil, Perú, Chile, etc.

Si no podemos aceptar la integridad de las conclusiones del autor, tenemos muchas premisas comunes, particularmente en cuanto a la apreciación del trabajo humano. De todas maneras es un admirable punto de partida para quien se inquiete por estos temarios.

Abel Naranjo Villegas.

CANTARES TRADICIONALES DEL TUCUMAN

(Antología)

Por *Juan Alfonso Carrizo.*

Universidad Nal. de Tucumán. Depart. de Invest. regionales. Tucumán, 1939.

Hondamente complacida registra esta publicación universitaria la aparición de un libro de especialización folklórica, debido al paciente esfuerzo de Juan Alfonso Carrizo, miembro de la Academia Argentina de Letras, y, a juzgar por sus notas y comentarios a la poesía popular anónima, uno de los más avezados tratadistas de cuantos cultivan con acierto esta modalidad literaria, según las sistematizaciones de Wolf y Conrad Hofmann.

Se trata de un compendio selecto de los mejores romances conservados oralmente en la provincia de Tucumán, muchos de ellos enraizados con la vida española, romancillos y rimas infantiles, villancicos, canciones, despedidas y ausencias, quejas y reproches, sentencias y coplas, en fin, todo cuanto la sensibilidad popular ha creado en diversas situaciones emotivas, y que en virtud del nexo espiritual que ata a las generaciones, todavía se repite con fruición, como en las casas solariegas — de patios cargados de enredaderas generosas — se evocan las tradiciones familiares como clave inequívoca de destino histórico.

Tan completo es el tratado antológico de Carrizo y tan puro el acervo de primicias que allí expone, que para hacer un comentario digno de tal obra, que encuadrara con el fin primordial que se propuso, precisaría una disquisición sobre tan exquisito temario, relacionándolo con nuestra producción auténticamente popular y con el fol-klor de la literatura española, causa perpetua de nuestra vida anímica .

Pero circunscribiendo el tema al Nuevo Mundo, nos queda fácil descubrir la ascendencia hispánica de las rimas populares, aunque como afirmó Vergara en el siglo pasado, nuestra poesía popular es sumamente diversa de la española en la multiplicidad de sus orígenes. Los esfuerzos de los reyes españoles y particularmente de Felipe II para unificar el lenguaje en las colonias, prohibiendo el uso de los dialectos indígenas, lograron al fin fijar como lengua oficial y única el idioma castellano, con entera exclusión de los otros idiomas españoles. Tardó algún tiempo en convertirse en lenguaje general, pero al fin y al cabo obtuvo la victoria y las lenguas derrotadas no fueron bastante poderosas para dejarle sus despojos.

Tres razas se hallan más o menos mezcladas en Colombia, lo mismo que en las otras repúblicas Ibero-americanas:

la española, la indígena y la negra. En un principio, durante los periodos de la conquista y la colonia, como los individuos de aquellas razas no tenían tradiciones comunes, la poesía no podía hacerse popular, ya que ni la raza indígena ni la blanca podían tener simpatías por los cantos de los negros, ni éstos por las tradiciones españolas de sus amos o por los vagos recuerdos de los indios. Con la guerra de Independencia, comunes intereses las unieron algo más, y los cantares, que antes eran diferentes en cada una de ellas, se comunicaron bastante, señoreando el estilo castellano en romances, décimas y redondillas, así como en las danzas impera el tono africano de los negros. Nuestra poesía popular es, pues, una combinación de los cantares españoles, matizada naturalmente con los elementos afro-americanos de verdadera espontaneidad en el pueblo, y que sirven para expresar las agitaciones del ánimo, la tristeza, los celos, el amor dichoso, las sentencias de la sabiduría popular y aún las salidas jocosas e irónicas.

Las fuerzas universales de la historia, al entrar en nuestra vida, se refundieron en un nuevo ser nacional: del mismo modo que este ser, al entrar en la crítica histórica, se descompone en los elementos generadores que vinieron a constituirlo: tierra, raza y lengua.

Salvador de Madariaga, en conferencia dictada hace pocos años en la Universidad de La Plata, hablaba de «tres zonas» de cantares populares españoles en la Península, atendiendo al paisaje. Clara división técnica que nos sirve de pauta para nuestras investigaciones, atendiendo a la contextura regional de nuestra topografía. En los litorales se halla enclavada la poesía popular africana; en las secciones mediterráneas del occidente, los Santanderes y lo que constituye propiamente la ciudad de Gonzalo de Quesada, la poesía blanca o castellana; por último, en Cundinamarca,

Boyacá, los Llanos interminos, Nariño y el Huila, la poesía melancólica de los indígenas conservada en sus fotutos y carárganos.

Lástima es que los colombianos no tengamos, como otras naciones, un *Corpus* impreso de los cantares del pueblo, completo y metódico. Quienes pudieron reunirlo no lo hicieron por cierto desdén burgués hacia lo que el pueblo siente y expresa en sus coplas; otros por excesiva abulia. Antonio José Restrepo realizó en «El Cancionero de Antioquia» uno de los más vastos y laboriosos esfuerzos de investigación folklórica, y propuso en su afamado discurso del 20 de julio de 1911 la recolección del Cancionero Nacional, «para estímulo y enseñanza de las generaciones vivas» que apenas hoy viene a hacerle eco un concurso nacional, amparado por la Academia de la Lengua.

Muestrario poético.

Muchos autores han recogido los decires del pueblo: José María Vergara y Vergara; José Caicedo Rojas; Pimentel y Vargas; Rufino Gutiérrez; Ciro Méndez; y como hemos dicho antes, el doctor Antonio José Restrepo, cifra y compendio de estas aficiones. Para dar suscita idea de nuestro fol-klore en relación con el recogido por el escritor tucumano, que hemos venido comentando, trascribimos en seguida algunas muestras, siguiendo en lo posible, el orden de las materias tratadas por Juan Alfonso Carrizo.

—Romancillos y rimas infantiles—

Aserrín, aserrán
los perritos de San Juan
piden pan, no les dán;
piden queso, les da un hueso
por el pescuezo. — (13).

(Cantares tradicionales del Tucumán).

Aserrín, aserrán,
los maderos de San Juan.
Los del rey aserran bien,
los de la reina también.
Los del duque,
truque, truque.

(Cantos Populares Españoles).

—Rodríguez Marín—

Y aserrín,
aserrán,
los maderos
de San Juan
piden queso
piden pan;
los de Roque,
alfandoque;
los de Rique,
alfeñique;
los de Trique,
triquitrán.

(Cantares Colombianos).

Niñas bonitas!
Para dónde van?
—*Buen zapatero*
vamos a pasear.
—*Niñas bonitas*
los zapatos romperán!
—*Gran zapatero*
usted los compondrá.
—*Niñas bonitas!*
Cuánto me pagarán?
—*Gran zapatero*
un beso y nada más. — (31).

(Cantares tradicionales del Tucumán).

Las señoritas
para dónde van?
—*Para el paseo.*
—*Los zapaticos*
se les romperán.
—*El zapatero*
los compondrá.

(Cantares Colombianos).

—Penas y desconsuelo—

No me llamen por mi nombre,
que mi nombre se acabó.
Llámenme la flor marchita
que del árbol se cayó.—(81).

Mas antes querer a un perro
que querer a una mujer;
el perro es agradecido
a quien le da de comer.—(97).

Del tronco nace la rama,
de la rama nace la hoja,
y del centro de ella nace
un clavel que se deshoja. — (124).

Ordeno que cuando muera,
no me lloren los parientes:
llórenme los alambiques
y las pipas de aguardiente —(129).

Ayer me dijiste que hoy,
hoy me dirás que mañana;
mañana me has de decir:
«Ya se me quitó la gana» —(133).

Yo vide pasar el agua
entre la piedra y la arena;
así pasan mis amores
entre la dicha y la pena.—(224).

Tus ojos son alguaciles,
y en la calle me prendieron;
y tus cabellos, mi negra,
de cadenas me sirvieron.—(221).

—Jocosas y satíricas—

El sábado busqué novia,
el domingo me casé,
el lunes dormí con ella,
y el martes la garrotí.—(465).

Un besito y un abrazo
a cualquiera se le dá:
al rico, por su dinero,
al pobre, por caridad.—(520).

—Religiosa—

Yo tiré una piedra al agua:
se abrió y se volvió a cerrar.
Así concibió María:
doncella volvió a quedar.—(158).
(Cantares tradicionales del Tucumán).

A estas coplas que arbitrariamente hemos sacado de los «Cantares Tradicionales del Tucumán», posponemos las siguientes colombianas que andan por ahí todavía, de boca en boca, sin que nadie las haya recogido, como debe ser, en un «Corpus poético», de manera científica.

—Penas y consuelos—

Hasta los palos del monte
tienen su comparación:
unos nacen pa hacer santos,
y otros pa quemar carbón.

Malpago se llama el perro,
no me le quiten el nombre;
qu'ese es el pago que dan
las mujeres a los hombres.

Qué bonito va bailando
la rosa con el clavel:
la rosa se va de huida
y el clavel la va a coger.

Pido que cuando me muera
me entierren con mi machete,
por si acaso en la otra vida
me pone alguno pereque.

Ay, cuándo será ese cuándo
y esa dichosa mañana,
que nos lleven a los dos
el desayuno a la cama?

He tenido horas tristes
y placenteras horas;
por eso son mis versos
crepúsculos y auroras.

Yo pa caminar a oscuras
no necesito farol:
los ojos de mi morena
alumbran todo el cañón.

*Yo vide unas piernas blancas
con unas venas azules,
y con eso me mantuve
sábado, domingo y lunes.*

*Una vieja me dió un beso
y me supo a cucaracha.
Qué gusto tan amarillo,
habiendo tanta muchacha.*

(Cantares Colombianos).

—Religiosa—

Si la copla recogida en los «Cantares Tradicionales del Tucumán» sorprende a los lectores por la belleza y soltura de la comparación, la de los bogas del Cauca la vence en precisión y donaire, según la transcripción de Ciro Mendía, hace aproximadamente doce años:

*—Oigame usté, compañero,
yo le vengo a preguntar:
cómo pariendo la Virgen
doncella pudo quedar?
—Oigame usté, compañero,
yo le voy a contestar:
tire una piedra en el agua.
viene a abrir, vuelve a cerrar....
Así pariendo la Virgen
doncella pudo quedar.*

Imitaron nuestros bogas a los poetas meridionales? No hay que suponerlo siquiera. Platón decía que había una especie de generación en la belleza.

La copla o redondilla que creó el estro popular es inconfundible. Cuando algunos poetas cultos han introducido en ellas voces que reflejan un leve rastro de erudición literaria, el pueblo las aplaude, mas no como a hijas venidas de su ingenio. De ahí la trova harto conocida en nuestros caminos mayores:

*«Un cantar bajó al pueblo,
no era mal mozo;
pero el pueblo le dijo:
no te conozco....»*

Es motivo de general revisión en todas las literaturas del mundo el fol-klore nacional como argumento de cohesión y monumento auténtico de cultura, porque como muy bien dice el Profesor Rougés, ilustre auspiciador de los «Cantares» que comentamos, fuera de la tradición no encontramos sino palabras destituidas de eficacia, impotentes para comunicar la vida. La poesía popular ha nacido y vivido en plena luz y en pleno aire, ha sido ungida por el sol, la lluvia y el rocío, y ha recibido la bendición de la naturaleza y la bendición del espíritu.

El arte popular constituye el fondo emocional y valorativo de un pueblo, y en éste han de echar sus raíces las grandes obras de la cultura para ser tales.

Por eso decíamos al comenzar esta glosa que sentíamos verdadera emoción al repasar las páginas de este libro, pues veíamos correr abundante la savia de una nacionalidad joven, que vuelve a su pasado, inquiere y regresa cargada de tesoros como una piragua aborígen, bajo el signo de las constelaciones amigas.

Juan Alfonso Carrizo da la voz a la hispanidad en marcha, esa voz afilada común en los profetas, porque ha descubierto que la poesía innominada ha presidido la marcha de la tierra, como el signo cósmico de que habla el pentateuco vigiló el éxodo a la comarca del Señor, mirificada por los ríos que copiaban en sus linfas la fértil vegetación prometida.

Jorge Luis Arango.

HISTORIA DE LA NACION
ARGENTINA

Director General: Ricardo Levene.

Una obra de valioso contenido histórico y cultural está llevando a cabo la

Junta de Historia y Numismática Americana (hoy Academia Nacional de la Historia) con la publicación de la «Historia de la Nación Argentina», en la que se desarrolla un vasto plan de estudios con la cooperación de renombrados escritores nacionales y extranjeros, no sólo historiadores, sino también especialistas en todos los conocimientos necesarios para la interpretación de los hechos históricos.

La docta academia argentina a cuyo cargo está la realización de la obra, fundada en 1892 por el gran historiador y hombre público, uno de los iniciadores del movimiento cultural de su país, el Gral. Bartolomé Mitre, ostenta una nómina de destacados publicistas de América y Europa, miembros activos y correspondientes, además de las academias filiales, y ha obtenido la colaboración de otras personalidades, correspondiendo con amplitud al reconocimiento oficial unánime que mereció su feliz iniciativa.

No siendo ésta la ocasión para un análisis detallado del denso contenido de los cuatro volúmenes que hasta ahora han llegado a la Biblioteca de la U. C. B., nos limitaremos a hacer un comentario general, en el que destacaremos sólo algunos de los principales puntos que marcan nuevas direcciones en el estudio de la historia hispanoamericana, de la que se ocupan casi totalmente los tomos recibidos.

Transcribimos en primer lugar el plan general de la «Historia de la Nación Argentina», para dar una información sobre la materia de nuestro comentario y una idea de las proporciones de la obra :

Primera Sección.

Las culturas indígenas (1 vol.)

I.—Tiempos prehistóricos y protohistóricos.

Segunda Sección.

España y la dominación española en Indias. (3 vols.)

II.—Europa y España en los siglos XV y XVI y el momento histórico de los descubrimientos.

III.—La colonización y la organización institucional en Hispano-América. Adelantados y gobernadores del Río de la Plata.

IV.—El momento histórico del Virreinato del Río de la Plata.

Tercera Sección.

La Revolución de la Independencia en América y la Revolución de Mayo.

(1 vol.)

V.—Orígenes y desarrollo de la Revolución americana, particularmente hispanoamericana y argentina.

La obra orgánica y los hombres representativos de la Revolución de Mayo.

Cuarta Sección.

Historia geográfica, económica, institucional, cultural, religiosa, militar y naval de la Nación desde la Revolución de Mayo hasta la organización definitiva.

(1862). (3 vols.).

VI. — El proceso de la Independencia y de la organización política interna desde la Revolución de Mayo al advenimiento de Rosas en el Gobierno (1829).

VII. Rosas y su época.

VIII.—Los hombres de la organización nacional y la Constitución de 1853. La Confederación y Buenos Aires hasta la organización definitiva de la Nación (1862).

Quinta Sección.

Formación de las provincias y territorios nacionales, y su historia geográfica, económica, institucional y cultural desde la Revolución de Mayo hasta la organización definitiva de la Nación.

(1862). (2 vols.).

IX.—Banda oriental, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Buenos Aires.

X.—Córdoba, Mendoza, San Juan, San Luis, La Rioja, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, Salta y Jujuy.

Territorios nacionales.

XI.—Índice analítico y alfabético.

Empieza la «Historia de la Nación Argentina» con el estudio del Renacimiento, momento histórico que se destaca en el proceso de la cultura universal, y en el cual se agrega la América al concierto de los pueblos civilizados. Parte, pues, de la historia general del universo y se desarrolla dentro del marco de la historia americana. El Plan transcrito llega hasta la organización definitiva de la Nación, pero la Junta, como lo dice en el prólogo el doctor Ricardo Levene, se propone continuar la obra con el estudio y la clasificación sistemática de los acontecimientos de los últimos ochenta años, época interesantísima en el desarrollo económico, social y cultural del país.

A pesar de la división de la historia general en el tiempo y en el espacio, que la reduce al estudio de ámbitos y ciclos culturales, si se quiere tratarla desde el punto de vista científico, y no desde el de mera información o de erudición artificiosa, es preciso retroceder desde el momento de partida que se propone cada tratado, y ampliar constantemente el campo a que pretende ceñirse, para no desvincularla de la vida de la humanidad y para hallar la dependencia que liga a los pueblos respecto del proceso universal. «Fuerza es, sin embargo (como leemos en la Introducción de una obra del mismo carácter de la que comentamos, publicada por la Universidad de Cambridge), comenzar por alguna parte la historia; si queremos señalar un principio, no hay más remedio que apoderarse de la humanidad en alguno de los períodos de su desenvolvimiento».

El despertar de las nacionalidades dió lugar a que en ellas, al lado de lo hu-

mano, se tuviera en cuenta lo nacional, y de ese desarrollo, iniciado a raíz de las Cruzadas, parte el descubrimiento de América y la formación embrionaria de los pueblos del Nuevo Mundo. La competencia entre las naciones siguió a la unidad medioeval, y se formó entonces una especie de sociedad de naciones, grado superior a la antigua comunidad, que era como una familia de pueblos en la que alguno de ellos ejercía las funciones de patriarca.

Es aplicable aquí el concepto de que la sociedad es más apta para la civilización bien entendida, en la que haya a un tiempo creación y aprovechamiento de cultura, lo que abre al historiador de los tiempos modernos un campo más vasto y más complejo: lo lleva a las relaciones entre los continentes y entre los pueblos, lo arrastra a todos los campos de la actividad intelectual y material del hombre, y también a los orígenes y al ambiente geográfico, le impide reducir su obra a pesar del esfuerzo y lo obliga a dar a todos esos factores su debida importancia. La historia tropieza, pues, con la creciente variedad de asuntos, como las cuestiones de interés social, lo cual introduce una sucesión de temas nuevos, ya que con ella se pretende descubrir tendencias de carácter permanente, ideas prometedoras, concepciones que orienten acerca del curso más acertado de los pueblos.

Para estos fines se requiere tratar con mayor atención, como se dice en la obra antes citada, «ciertos acontecimientos que son a manera de postes indicadores colocados en el camino. A esto fue debido que se pusiera en moda un sistema de presentación histórica basado sobre el estudio de los hechos que asumen el ser inspiradores de los demás».

Mas, para captar las circunstancias dominantes que determinan cambios profundos en la sociedad y en las instituciones en general, que marcan el principio de una época o el nacimiento de un

pueblo nuevo, además de las cualidades que hasta ahora se han exigido al historiador se requieren vastos conocimientos geográficos, técnicos, etnológicos, sociales, etc., cuya importancia hemos indicado. Pero si éstos, y otros muchos requisitos necesarios, difícilmente pueden reunirse en un solo hombre, o al hallarse en él no ofrecen la intensidad exigible en el dominio científico, se impone el principio de la división del trabajo, que tan interesantes productos ha ofrecido al conocimiento humano en enciclopedias, historias y otras ramas de la cultura. Imprescindible es, sin embargo, en todo esfuerzo colectivo la unidad, y ésta se consigue con una dirección consciente, que imprima a la obra un fin y la concurrencia adecuada de los medios.

Todas estas condiciones: un programa de elevada visión y una dirección acertada, elaborado aquél y presidida ésta por el doctor Ricardo Levene, que tan inmensos aportes ha hecho a la cultura histórica de América; una selecta y ordenada colaboración de especialistas en ciencias históricas y auxiliares, y, hasta donde es posible, la unidad de método y, no digamos de criterio, pero sí de fin, en cuanto se busca apasionadamente la verdad histórica, se hallan reunidas en la obra que venimos comentando.

Por el sistema de monografías, lejos de llegar a una colección de fragmentos, se consigue una unidad característica, siempre que se siga un plan lógico y ordenado. Cada autor participa con su visión particular sobre una época o un acontecimiento que le es familiar, alrededor de los cuales se agrupan los hechos secundarios en núcleos definidos, por una coherencia real, y no meramente cronológica o espacial, y así se ofrece al lector un cuadro vivo de la historia, sin una condensación forzada de hechos que deja escapar muchos aspectos del proceso histórico.

Se coloca así a los lectores de todas

las tendencias en capacidad de aplicar su propio pensamiento en el curso de su estudio, sin impedirle valorar los hechos por la aplicación de un criterio determinado, que por imparcial que pretenda ser, no a todos satisface. Y si en las diversas monografías encuentra sistemas y opiniones diferentes, se establece una compensación que le da mayor seguridad en sus juicios y apreciaciones, porque deduce él mismo, puede decirse, de la naturaleza de los hechos, ordenadamente presentados según el plan general. Plan que no intenta unificar el criterio de los colaboradores, sino reducir a sus proporciones el tratado respectivo, y marcar aquellos puntos principales que evidentemente han influido en la vida universal, continental o nacional.

El doctor Juan Clemente Zamora, de la Universidad de la Habana, en un ensayo sobre la nueva interpretación de la historia latinoamericana, dice que no sólo debemos juzgar el hecho americano desde un punto de vista estático, sino que hay que encauzarlo dentro del proceso social de la humanidad en general, como hecho que ha sido a la vez producto y factor en el proceso humano. Ya había dicho un diputado en la Cámara de la Argentina, cuando se aprobaba el proyecto de la Historia que comentamos, que no se puede escribir historia argentina sin hacer historia americana, europea y mundial, y agregaba, refiriéndose a los miembros de la Junta de Historia: «Pondrán el sello inconfundible de la generación a que pertenecen, que aspira, como ninguna otra, a descubrir la esencia de las cosas».

En estas nuevas direcciones se inspira la «Historia de la Nación Argentina». Veamos cómo lo expresa magistralmente el doctor Ricardo Levene, Director General de la obra:

«Si la historia sólo fuera artificiosa o sibarita erudición con cita de autores, de libros que colman las bibliotecas y de fechas y nombres que atiborran la me-

moria, sería un cementerio, y aspiramos a que sea vida vuelta a vivir, escuela de los hombres, maestra de la vida, como decían los antiguos». La historia «es realidad de hoy, proyectada por el tiempo anterior, es un sistema convincente e imperativo a la vez, de creencias e ideas que se estructuran densamente formando la armazón entrañable de una sociedad.

«Con este criterio (el de Henri Beer cuando dice que la síntesis histórica, estando bien hecha, ayuda a ir más lejos, que es a la vez término y etapa, un inventario y un programa), aspiramos a llevar a cabo la «Historia de la Nación Argentina»: como sistematización de nuestro saber histórico y como filosofía de la historia argentina.

«Hemos extendido la visión del panorama interpretando la historia de la Nación en sus relaciones con los pueblos de América y con la historia de España y el mundo; y corresponde caracterizar los distintos momentos de nuestro pasado, en su renovada sucesión, descubriendo a través de las mutaciones las constantes o principios directores de nuestra historia. Aquel sentido integral y de solidaridad de la historia argentina, más acentuadamente con España y los pueblos vecinos al nuestro que ella también fundó en América, adquiere principio de realización y vida, con el concurso de las colaboraciones científicas de autorizados historiadores de tales naciones, hasta el momento histórico del Virreinato del Río de la Plata».

Es éste el primer esfuerzo de tal índole que, rompiendo una tradición de incompreensión y pesimismo que parecía endémica, se emprende en nuestra América, y un ejemplo que ofrece la vigorosa nación del sur a las repúblicas hermanas, entusiastas a veces, pero inconstantes en sus movimientos culturales, como si no fuese la cultura nuestra única salvación ante el brillo atrayente de falsas civilizaciones, extrañas a nues-

tra hispanidad.

Los colombianos somos, como los del Sur, descendientes de unas mismas razas, legatarios de una misma cultura, hijos de una misma generación de héroes. Sin embargo, la indiferencia por nuestro pasado histórico, desdeñado como erudición inútil por los nuevos prohombres, ha inyectado el letargo, y tal vez una inconformidad pasiva con momentáneas crisis, en nuestras juventudes. Se impone, ante todo, crear una conciencia en el pueblo y revivir el factor heroico, si queremos hacer una síntesis que recoja el pasado y marque el porvenir de nuestra patria.

—
Suspendemos aquí estas consideraciones generales, que sólo tienen un alcance informativo, mientras nuevas ocasiones sean propicias para comentar detenidamente cada volumen, dada la imposibilidad de encerrar en pocas palabras su valioso contenido y la importancia de las respectivas monografías. Se destaca sobre todo la sabia dirección de los trabajos de investigación y clasificación, que obliga un nuevo reconocimiento de la cultura histórica al nombre, por varios títulos ilustre, del doctor Ricardo Levene. La lectura de obras como ésta debe fomentarse entre nosotros, para despertar el interés por tan saludables disciplinas, de amplias proyecciones culturales, y para apreciar mejor, en el caso presente, los vínculos que nos ligan a los pueblos hermanos y a la madre Patria .

Guillermo Valencia Rodas.

EL GENTILHOMBRE INIGO LOPEZ DE LOYOLA EN SU PATRIA Y EN SU SIGLO

Por *Pedro Leturia, S. J.*

Editorial Mosca Hermanos.
Montevideo, 1939.

El conocido historiador de la Univer-

sidad Gregoriana, Padre Pedro Leturia, ampliamente admirado por su versación humanística y sus estudios de la Compañía ignaciana, ha publicado una nueva edición de su fundamental tratado sobre «El Gentilhombre Iñigo López de Loyola en su patria y en su siglo», brillantemente impreso en la república uruguaya, cuyo contenido magnífico acotaremos en este boletín bibliográfico.

De preferencia estudia el renombrado jesuita la vida y la obra del autor de los Ejercicios Espirituales a través de la época en que actuó y las circunstancias que rodearon su ambiente. Paralelo a este método, el Padre Leturia sigue el señalado por Chesterton en su biografía de San Francisco, de revaluación crítica, camino interesantísimo, más en esta hora en que ha sido preciso conceptuar de nuevo sobre los verdaderos ingenios españoles de los siglos renacentistas, como el Arcipreste, Gracián y Góngora y Argote, relegados por una crítica mezquina.

El ambiente de los siglos que formaron la Edad de Oro española, bellamente descrita y loada por el manchego en sus razonamientos de hombre letrado, es bien apreciado y luminoso para detenernos en consideraciones que a la postre resultarían monótonas. Pero sí es menester puntuar ciertas afinidades del paisaje y la época para interpretar fielmente la obra incomparable del noble azpeitiano, santo y conductor al mismo tiempo, aguerrido y terco, blando como un zortzico nativo, y desfacetado como las colinas vascas, siempre entonadas, como dice un poeta, en un gris caprichoso de sinfonía nórdica. Cunninghame Graham anotaba una estrecha y misteriosa afinidad entre el carácter de Santa Teresa de Jesús y la ciudad murada de Avila, entre sus casas-fuertes y el espíritu nacional de la reformadora.

Igual parentesco advierte el iniciado en Iñigo de Loyola y su ciudad de linaje; paisaje, catedral, caserío, gentes y

clima, todo esto como él, apacible y fiero. Desde Huarte se viene haciendo esta observación sociológica de excelentes resultados. El hombre como el árbol que hunde sus raíces en la entraña materna, absorbe los jugos primordiales del ambiente y toma su natural semejanza.

El conglomerado español constituye uno de los más finos teoremas de la investigación contemporánea, especialmente en lo que toca con su mundo espiritual o animico. Mucho se ha hablado de la *religión* de los peninsulares en que alternan elementos divinos y humanos, antitéticos siempre como en las realizaciones pictóricas de Rafael, en donde aparece exaltada de ordinario la voluptuosa que la absorbió la sangre. Don Juan Tenorio será prueba fehaciente, o bien las «saetiyas» del viernes santo, coloreadas en las partituras de Turina y dulcificadas en los carillones poéticos de Federiquito García.

El hecho concreto es que los españoles de todas las edades, de modo especial los de los siglos imperiales, mezclan armoniosamente la caballería andante con la batalla entablada a los pecados capitales. Milicias de la tierra y milicias del cielo. Lo accidental y lo trascendente. Lo humano y lo divino.

Santa Teresa les habla a sus monjillas de la batalla emprendida en la tierra. Lope de Vega con la misma gravedad escribe una Rima Sacra que un madrigal lujurioso, y Calderón de la Barca, tan pronto esboza un Auto Sacramental, como guarda amores con una bailarina flamenca. Era que España se sentía pueblo predestinado para cumplir el subido empeño de la dominación espiritual del orbe, como afirma uno de nuestros mozos letrados, sin que jamás pasara por la mente de sus mayores capitanes, como sistema, que esos movimientos de conquista hubieran de traducirse en la tiranía de los valores materiales sobre las formas sustentantes

del ánimo. Ante todo eran misioneros en el sentido que le da Maeztu a la inflexión, sacando valedero el decir de aquellas épocas:

«*más vale un alma en la fe
que tierras para el Imperio*».

Cuando el gentilhomme del duque de Nájera, guerrero de mil contiendas, cayó herido en el sitio de Pamplona, después de un cañoneo de seis horas, abandonó las milicias, desertó temporalmente, y tras largas y reflexivas lecturas hagiográficas, enderezó sus pasos hacia el Señor de sus padres, y fundó el propósito de constituir sus brigadas. De ahí sus *Ejercicios Espirituales* que no son un libro de sanas sentencias ascéticas sino un manual o prontuario de reglas estratégicas de la organización espiritual, de la conquista de la vida eterna. La expresión es sencilla, breve y seca, ya que su psicología, como dijera Pfandl, no es la del poeta ni la del investigador, sino la del práctico. San Ignacio trasladó al mundo de la gracia los principios de su educación militar. Por eso los *Ejercicios* no se basan en las posibilidades del autodidactismo sino que exigen un maestro y un guía al propio tiempo.

Por un camino original, español y cristiano, San Ignacio alcanzó por medio del conocimiento propio el dominio de sí mismo, lo cual constituía el alto objetivo de la filosofía platónica. Los cuatro elementos griegos de perfección los tradujo el guipuzcoano en la fórmula de la liberación de la voluntad por la razón imperiosa.

La obra del P. Leturia nos presenta a San Ignacio desde sus nobles orígenes hasta el providencial sincronismo de su conversión con la revolución luterana. Como historiador e investigador el catedrático romano domina la técnica y sabe dar íntegro el valor de los testimonios y las fuentes y tiene el don de ir haciendo revivir los factores de la raza, la educación y las cir-

material de la personalidad ignaciana.

Añádase a esto el afecto que le profesa como hijo suyo y continuador en el tiempo de su obra evangélica para sacar la conclusión diáfana de la valentía con que aparece escrita la reseña del Gentilhombre Iñigo López de Loyola en su patria y su siglo.

Jorge Luis Arango.

LOGICA

Por

Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli.

Francisco Romero, profesor de filosofía gnoseológica en la Universidad de Buenos Aires, es la figura a quien más debe la especulación argentina en los últimos lustros. Como casi toda decidida vocación filosófica, ha abandonado los primeros pasos de su querer juvenil para ingresar en el dominio del saber desinteresado. En sus primeros tiempos perteneció a la armada de su país, dejando luego allí su puesto de capitán, para recobrarlo dentro de la cultura filosófica que ahora propugna. Es Romero un admirador de las corrientes contemporáneas de aquella ciencia, y su posición puede precisarse si se tiene en cuenta que acoge con resuelta admiración las tendencias que van de Dilthey a Scheler, pasando por Edmundo Husserl.

Su influencia se ha manifestado tanto en la cátedra como en la prensa y el libro. Ha divulgado con éxito la filosofía de Guillermo Dilthey — el Hegel de los días actuales — y ha estudiado y publicado en el ambiente intelectual de la península ibérica un admirable ensayo sobre Nicolai Hartmann, considerándolo como un filósofo de la problematicidad. Recientemente entregó a la circulación un folleto sobre la filosofía de la persona, y además de sus artículos sueltos en «La Nación», trabaja en

estudios preliminares para las reediciones de las obras de la «Revista de Occidente». No es bien fácil definir con precisión absoluta el lugar que ocupa Romero en la diversidad de escuelas con que ahora contamos. Tampoco es fácil que se adquiriera cuando sólo se llega a ser un crítico filosófico, por muy alto que sea el nivel y muy digno de estimación que sea uno en cuanto crítico. Pero, si consideramos las mentes que rigen con más tenacidad nuestro espíritu, es posible que nosotros estemos donde están esas mentes. Modificando un poco el aforismo de Fichte, tan cierto en filosofía, dime tus preferencias y te diré quién eres. Por esta razón no es una aventura situar a Romero dentro de las tendencias antipositivistas que corifean las mismas figuras bajo cuya influencia lo hemos considerado. Lo propio debemos decir de su amigo Eugenio Pucciarelli, y de otro gran crítico argentino como Anibal Sánchez Reulet.

En el nuevo libro que acaba de publicar en colaboración con Eugenio Pucciarelli, vemos claramente confirmado nuestro aserto. Se trata de una Lógica que viene a renovar por completo los puntos de vista con que se llevaba a cabo esta clase de trabajos. La enseñanza en la Argentina da así un paso adelante con relación a lo estatuido anteriormente, contra la lógica de carácter meramente aplicado y experimental. Eran los vestigios de la pasada centuria, que se conservaban como verdaderas conquistas en la Universidad. Cuenta Carlos Alberto Erro que cuando José Ortega y Gasset fue a la Argentina — no hace mucho tiempo — se quedó asombrado de que todavía se siguiera allí el pensamiento de Spencer. Precisamente cuando ya hacía tiempo en las universidades europeas y en todos los círculos respetables de la cultura occidental se conquistaba una altura eminente de superación al siglo XIX.

La Lógica de Romero y Pucciarelli es un trabajo completo. En cierto modo a-

gota la materia, si no elevando a sus últimas consecuencias los temas de que trata, si planteando todo el vasto conjunto de su problemática, y dejando abiertos grandes interrogantes acerca de esos problemas. Como gustaba hacer Sócrates, como prefería poner en práctica Kant — según sus propias palabras — más que enseñar filosofía le interesaba enseñar a filosofar. Pero no se enseña a filosofar si, como lo hace la Lógica de Romero, no se replantean los problemas y se indican los diversos modos de solución. Otras veces precisa una mera sugerencia del tema en cuestión. No de otra manera realiza Romero su tarea. Desde la lógica de las ciencias naturales, que se encuentran hoy haciendo todo lo posible por modificar sus fundamentos, hasta la lógica de la matemática y la lógica de las ciencias del espíritu aparece en las páginas de este libro un amplio radio de acción de esta parte de la filosofía. Para ser un tratado sin olvido de nada interesante en la materia, se investiga en él tanto la lógica metodológica como la lógica fundamental. Existe al respecto una marcada preferencia de Romero y de Pucciarelli por la última, siguiendo la dirección de Husserl, de Bolzano y de Pfander. Por lo tanto, se toma una línea que no procede del siglo pasado, sino que por el contrario se interrumpe en él, para vincularse a las fuentes primeras de donde partieron las investigaciones lógicas de Husserl. Después, arranca esta línea de la lógica de Bolzano hasta entroncar en la de Pfander, de la cual poseemos una excelente traducción en castellano. Si se pregunta por las diferencias entre el siglo pasado y lo que corre del presente, en relación a esta disciplina, la respuesta la encontrará el lector en la introducción que Romero pone a su obra. Aunque no se exponen allí las razones de las preferencias por la lógica metodológica, queda fácil verlas en la absorción de las ciencias del espíritu por las ciencias naturales que inútilmente llevó a

cabo el siglo anterior. La lógica metodológica, fiel a su tendencia a no ver en los pensamientos más que un elemento que hacía una intención a los objetos —un contenido intencional— dejó a un lado la importancia que esos pensamientos podían tener como simples estructuras. La nueva faz de las investigaciones lógicas, la faz propiamente científica, procede, como veremos en otra nota que pensamos dedicar a la obra de Romero, de manera totalmente opuesta. Por eso significa un periodo de contraposición a la lógica aplicada o, como se le llama más propiamente, lógica metodológica.

En la reciente categoría y dignidad que ha adquirido la lógica general se encuentra la causa del prestigio con que se vuelven a incorporar a la historia del pensamiento los tratados de Bolzano y de Honecker. A esto mismo se debe atribuir el declinar de la lógica de Mill, de Sigwart y de Wundt. Aunque los últimos representantes de la lógica metodológica que acabamos de nombrar se colocan en una actitud de prudencia con respecto a la nueva ciencia del pensamiento, es el caso — como advierte Romero — que nada ha envejecido tanto como la lógica metodológica del pasado siglo.

Se le dedica en el tratado que comentamos una parte interesante a los problemas del valor gnoseológico: Aunque siendo tan distintos los planos en que se mueven estas dos clases de cuestiones,

la formulación única de los primeros daría la sensación de algo incompleto. En verdad que nada hay más averiguado que los problemas del valor gnoseológico que no pueden ser resueltos ni por la lógica como ciencia ni por la psicología. Sin embargo, nada tampoco se vió tan tarde como esto. Sólo en San Agustín, el filósofo antiguo que más próximo se encuentra a los tiempos nuevos, logramos entrever como en alborada la formulación del problema. Después hubo que esperar hasta Kant para formularlo en toda su amplitud y problematicidad. Hoy contamos ya con una inmensa bibliografía sobre la posibilidad y formas del conocimiento. Más aún, contamos con la teoría del realismo crítico, que va siendo un capítulo aparte dentro del saber filosófico. Romero confiesa en este dominio igualmente una influencia. Es la del gran pensador Nicolai Hartmann, cuya personalidad estudió el autor hace pocos años, y una de las cabezas que más prestigio han dado a la filosofía fenomenológica.

Incitamos a la lectura de la obra de Romero, del mismo modo que él incita en ella al planteamiento original de los problemas y a la persecución de los temas que aparecen allí. Ninguna oportunidad como la presente para introducirse en la filosofía, e ir preparando lo que pedía en América el grito de Ortega: una general estrangulación del énfasis.

Rafael Carrillo.